

PROPOSITOS.

1 No hay en el mundo lugar tan santo, tan respetable, y añado, que ni tan temible como nuestras iglesias; pero tampoco hay muchos que sean mas escandalosos ni mas descaradamente profanados. Entre la gente de buena crianza, toda rusticidad, toda descortesía es un delito imperdonable en el mundo: solo á Jesucristo se le trata con el mayor desprecio en su misma casa. Parece que el día de hoy todos tienen licencia para perderle el respeto, ó á lo menos que la falta de él no es cosa que deba avergonzar á nadie, y que todo el mundo puede ser irreligioso, y aun impío, sin perder nada por eso. Penetrado de los motivos que nuestra religion, y aun la misma razon natural inspira á vista de tan espantosas irreverencias, impone una ley de presentarte desde hoy mas en las iglesias con aquella decencia cristiana, con aquel religioso respeto, y con aquella ejemplar modestia que debe ser el distintivo de todos los verdaderos fieles, como tambien de jamás hablar en ellas. Si te hallares en precision de decir alguna cosa, sea tan brevemente, con voz tan sumisa, y de un modo tan reverente, que muestre bien el profundo respeto y el santo terror que te inspira el sagrado sitio en que estás. Nunca estés en pié sino cuando lo piden las ceremonias de la Iglesia. Si tu edad ó tus achaques no te permiten estar de rodillas, siéntate en postura humilde y religiosa. Siempre se ha de concurrir á las iglesias para santificarse á sí y para edificar á otros.

2 Una de las causas de donde proviene la irreverencia en las iglesias, tiene su origen casi desde la misma cuna, y es bien extraño que no se repare y no nos choque un abuso tan comun que va creciendo con la edad. Llévanse á la iglesia los niños cuando no son capaces de comprender la santidad del lugar en que están, ni del divino sacrificio á que asisten. Dáseles libertad para obrar en todo como niños, para correr, enredar, gritar, y algunas veces con mas licencia que se les permitiera en casa de sus padres ó en una visita. Esta irreligiosa costumbre se fortifica y crece con los años. Acostúmbranse á mirar la iglesia como una casa particular y puramente secular. No corrige la razon la irreligion, porque ya se hizo costumbre. Nunca se les reprendió esto cuando niños; por eso, cuando mas adelantados en edad, no son mas devotos, mas modestos ni mas contenidos. Antes su indevocion, cuando ya adultos, se adelanta á la costumbre contraída desde la niñez de estar en la iglesia sin modestia, sin circunspeccion y sin respeto. Remedia este daño, y no toleres jamás que á tus hijos

se les acostumbre á semejantes irreverencias. No se condena que se lleven los niños á las iglesias desde la tierna edad; pero es necesario inspirarlos desde luego el respeto y el religioso temor con que deben estar en ellas, sin disimularles nunca la menor irreverencia. Lo mismo se debe hacer con los criados, enseñándolos en este punto mas con los ejemplos que con las palabras. Es una materia en que no cabe exceso de severidad ni de delicadeza, y los padres y maestros tendrán que dar á Dios terrible cuenta en este particular.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN ANDRÉS AVELINO, clérigo regular, en Napoles en Campaña; esclarecido por su santidad y por el afan que tenia de procurar la salvacion de los prójimos: obró Dios por su intercesion muchos milagros, y fué canonizado por el papa Clemente XI. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES TRIFON Y RESPICIO, Y DE NINFA, virgen. (Los dos primeros eran naturales de Bitinia, en Apamea, y al principiar la persecucion de Decio, en el año de 250, fueron presos, y presentados al presidente Aquilino, quien no pudiendo vencer su constancia con halagos ni promesas, los mandó atormentar en el ecúleo, y desgarrar sus carnes con uñas de hierro, y quemar sus costados con hachas encendidas, y atravesar los pies con clavos, y azotarlos con correas emplomadas, y finalmente decapitar. Con estos mártires junta el Martirologio á Sta. Ninfa, porque su cuerpo yace con el de aquéllos en Roma. Ella era una virgen de Palermo en Sicilia, que en la invasion de los godos huyó á Italia, donde vivió con santidad, y murió en paz en Suana en la Toscana. Las reliquias de estos tres Santos están en Roma en el insigne hospital de *Sancti Spiritus in Saxia*. *Butler.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES TIBERIO, MODESTO Y FLORENCIA, en la diócesis de Agde; los cuales por medio de diversos tormentos alcanzaron la corona del martirio en tiempo de Diocleciano. (Tiberio fué acusado y perseguido por su propio padre. En la cárcel halló á Modesto, y ambos sufrieron todos los rigores del hambre, y dos veces consecutivas los pusieron en el tormento. A la vista de su constancia abrazó la fe una mujer llamada Florencia, la cual fué asociada á los tormentos y los tres fueron degollados.)

LOS SANTOS DEMETRIO obispo, ANIANO diácono, EUSTOSIO Y OTROS VEINTE MÁRTIRES, en Antioquia. (Demetrio convocó un concilio contra Novaciano, y alcanzó la palma del martirio con sus compañeros por los años de 260.)

SAN PROBO, obispo, en Ravena; esclarecido en milagros.

SAN MONITOR, obispo y confesor, en Orleans. (Floreció en el siglo IV y es notable entre los preladados de su tiempo por lo que trabajó en regularizar la disciplina eclesiástica.)

SAN JUSTO, obispo, en Inglaterra; enviado á esta isla por el papa S. Gregorio á predicar el Evangelio junto con S. Agustín, S. Melito y otros, en la cual murió en el Señor esclarecido por su santa vida. (Fue consagrado obispo en Rochester, y en 624 sucedió á dicho S. Melito en la sede de Cantorbery. El papa Bonifacio al enviarle el palio, le envió una carta en la que le felicitaba por el gran número de almas que había ganado para Jesucristo. Murió en el año 627.)

SAN LEON, confesor, en Melun en Francia.

LAS SANTAS MUJERES TRIFENA Y TRIFOSA, en Iconio en Licaonia; las cuales por la predicación de S. Pablo, y con el ejemplo de Sta. Tecla, aprovecharon mucho en la profesion de Cristo. (Algunos creen que fueron martirizadas. S. Pablo en su epístola á los romanos, cap. 16, vers. 12, dice lo siguiente: «Saludad á Trifena y á Trifosa, que trabajan en el Señor.»)

SANTA TEOTISTA ó TEOCTISTE, virgen, en la isla de Paros. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN ANDRÉS AVELINO.

SAN Andrés Avelino, modelo el mas perfecto del clero secular y regular, uno de los mas brillantes ornamentos de su siglo, nació en el año de 1521 en Castronovo, pueblo de la provincia Basilicata, dicha Lucania antiguamente en el reino de Nápoles, á quien pusieron por nombre Lanceloto en el bautismo. Sus padres Juan Avelino y Margarita Apella, mas distinguidos por su notoria piedad que por su calificada nobleza, ofrecieron al niño luego que nació á la Santísima Virgen, y se aplicaron con el mayor esmero á darle una educacion cristiana; pero su bello natural, y propension á lo bueno, facilitaron mas que todo el efecto de sus deseos. A muy breve tiempo dieron á conocer las santas inclinaciones de Andrés, que le cupo la suerte de una alma buena, y que el Señor le había prevenido con sus mas dulces bendiciones. Signóle el ama que le crió con la señal de la cruz luego que comenzó á darle el pecho, y bastó esta primera leccion para que el niño lo ejecutase por sí siempre que tenía libre de las fajas sus tiernecitos brazos. A este indicio nada equívoco del amor que en lo sucesivo tendria á la cruz de Jesucristo, se siguieron otros no menos dignos de admiracion, como fueron reducir todas sus diversiones en la puericia á formar altares, y postrado ante ellos meditaba las grandezas de Dios, rezando oraciones devotísimas; observando además la santa costumbre de con-

gregar á los niños para esplicarles la doctrina cristiana, y darles saludables consejos; lo que hacia con tanta gracia, con un modo tan lleno de gravedad y de decoro, con tal espíritu y compostura, que no dudaron cuantos vieron estos hechos de graduarlos por anticipados pronósticos del magisterio que Andrés practicaria con el tiempo.

Luego que tuvo la edad competente le aplicaron sus padres al estudio de la latinidad, primero en su patria, y despues en Senis, pueblo no muy distante de aquella; y observando sus maestros una gran conducta en el jóven, una docilidad suma, un profundo rendimiento, y una aplicacion extraordinaria, añadiendo á esto una devocion singularísima, se concilió á breve tiempo el amor de aquellos, y la veneracion de sus condiscípulos. En efecto, Andrés arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, con las leyes del trato civil y la modestia cristiana, declaróse enemigo de todo lo que es vicio; y esmerándose sobre todo en la devocion de la Santísima Virgen, con este escudo, el de su mortificacion, y fuga de las ocasiones, conservó inviolable su pureza, que siempre fué la virtud de su cariño.

Concluida la gramática volvió Avelino al lugar de su nacimiento, y envidioso el enemigo comun de los progresos que cada día hacia en la virtud, quiso manchar su pureza valiéndose de una mujer prostituta, y hasta de la misma ama que le crió, apasionadas ambas ciegamente de su belleza; pero tan fuertes combates solo sirvieron para mayor realce de su castidad. Frustradas estas tentativas, redoblando sus ardides el demonio, conspiró contra la vida de aquel que le hacia tan insoportable guerra. Padeció detrimento en su honestidad cierta doncella de Castronovo, é induciendo á sus padres el mismo enemigo que Andrés era el autor de aquel desastre, resolvieron vengar la injuria con darle muerte; pero volviendo el cielo por su inocencia, se justificó su conducta con el descubrimiento del verdadero delincuente. Para obviar cualesquiera resulta, lo envió su madre á Nápoles á seguir la carrera de los estudios; pero apenas puso los pies en la posada, cuando fué insultado de una mujer lasciva con tan fuerte violencia, que para librarse de tan vehemente tentacion, tomó el recurso del antiguo José en Egipto con la mujer de Putiphar perdiendo toda su ropa. Y viéndose combatido contra una virtud que era el objeto de sus mas fuertes empeños, hizo ante Dios voto de perpetua castidad, prometiendo conservarla inviolable todo el discurso de su vida, como lo cumplió sostenido de la divina gracia.

Los conocimientos que adquirió Andrés en los primeros estudios pudieron ser profundos; pero solo sirvieron para escitar en un jóven llamado para cosas grandes el deseo de aumentarlos en otras ciencias mayores, donde se consume el ingenio, y se fecunda el entendimiento con ideas mas sublimes. Con esta mira se aplicó á estudiar filosofia, teología, y derecho canónico y civil; y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, acompañados estos de una aplicacion continua, hizo en muy breve tiempo admirables progresos en las ciencias, y recibió con universal aplauso el grado de doctor en ambos derechos. Pero lo mas prodigioso fué, que ni la multitud, ni la diversidad de estudios pudieron jamás resfriar el fervor, ni disminuir la devocion de Avelino. Es lo cierto, que se veía tan asistente á los templos como á las escuelas, aquí haciendo honor á la doctrina de sus maestros, y allí emulando á los ángeles en el amor y respeto á la Majestad divina.

Como á los conocimientos de la verdadera sabiduría son consiguientes los deseos del estado mas perfecto, supuestos aquellos en nuestro Santo, resolvió abrazar el sacerdocio, para el que se dispuso con las preparaciones fáciles de creer en un espíritu todo abrasado en las llamas del amor divino. Apenas se vió revestido con el sagrado carácter, creyéndose llamado para la salvacion de las almas, comenzó á darlas á gustar las verdades eternas de que Dios le habia dado tan altos conocimientos. Ya ministro del altar, solo buscaba medios de santificarse cada dia mas y mas: halló estos auxilios en la direccion del padre D. Pedro Foschareni, doctor parisiense, que habiendo renunciado las mayores dignidades que el siglo ofreció á su distinguido nacimiento, á su gran sabiduría, y su eminente virtud, se retiró á la religion de los Teatinos, y se hallaba á la sazón prepósito de la casa de S. Pablo de Nápoles; y se acabó de perfeccionar con el trato del venerable padre Juan Marinonio, que fué compañero de S. Cayetano en la fundacion de Nápoles.

Seguia Avelino la abogacia en la curia eclesiástica, conforme al espíritu de los sagrados cánones. Hallábase muy empeñado en la defensa de un sacerdote íntimo amigo suyo: dijo una mentira artificiosa en el discurso no advertida por entonces con el fuego y vehemencia que se produjo; pero leyendo despues en la santa Escritura que la boca que miente da muerte al alma, fué tan grande el dolor que concibió por aquel defecto, que no satisfecho con el propósito de separarse enteramente de la abogacia, desde el momento que confesó su culpa deshecho en lágrimas, hizo á su cuerpo víctima de las mas asombrosas penitencias, te-

niendo en su casa cinco ó seis horas de oracion diariamente; y encendido en vivísimos deseos de aspirar á la cumbre de la perfeccion, hizo en manos de su director Marinonio dos votos tan arduos y tan singulares, que sin especial gracia del Espíritu Santo seria imposible cumplirlos. El uno, *de negarse siempre en todo á su propia voluntad*. Y el otro, *de adquirir un grado de perfeccion todos los dias*. Los cuales cumplió exactamente.

Regia por aquel tiempo la iglesia de Nápoles monseñor Escapion Rebiba, vicario general del arzobispo D. Juan Pedro Carrafa, cardenal teatino, despues sumo pontífice con el nombre de Paulo IV. Sentia la relajacion que el espíritu de la discordia habia introducido en el monasterio de S. Miguel de Nápoles de religiosas benedictinas; y deseando hallar un sugeto capaz para la reforma de aquella ilustre comunidad, con acuerdo del padre Marinonio, echó mano de Avelino, confiado en que su zelo, su virtud y su gran sabiduría podria conseguir el deseado efecto. Aceptó el Santo por obediencia aquella ardua empresa, y conociendo que para las de esta clase no son suficientes las fuerzas de la naturaleza, apeló á las de la gracia por medio de oraciones fervorosas y de rigurosas penitencias. Valióse de todos los arbitrios que le dictó su prudencia, y de los que pedía la virtud en este caso; y aunque tuvo el consuelo de lograr el fin en el comun de aquellas religiosas, no lo pudo conseguir en todas, especialmente en una jóven ciegamente apasionada de un caballero insolente, que resentido de las ya amorosas, y ya fuertes y nerviosas exhortaciones del Santo, se valió de un asesino para que le diese muerte. Dióle éste con efecto dos heridas, de las cuales una se presumió mortal; pero el Señor lo conservó, porque le guardaba para mayores empresas. Supo el virey la atrocidad del atentado; hizo las mas vivas diligencias para saber el delincuente; mas Avelino usó de mas medios para ocultarlo, que la justicia en descubrirle. Bien que si se libró del poder de ésta por la caridad del Santo, no de la justicia divina, que vengó la injuria hecha á su siervo con las desgraciadas muertes del asesino y del jóven autor del sacrilegio. Quiso el vicario general de Nápoles, luego que ascendió á ser general de Pisa, premiar el mérito de Andrés promovándole á un obispado; pero el Santo rehusó con apostólico desinterés la dignidad, y distribuyó el precio de las vestiduras que le envió en los pobres, y ornamentos de la Iglesia.

Libre ya Avelino de las pasadas fatigas, resolvió dedicarse al servicio del Señor en el estado religioso. Acababa de fundar en la Iglesia su célebre religion S. Cayetano con el objeto de renovar

la idea de la vida apostólica que observaron los primitivos fieles, siendo un modelo de la pobreza evangélica y del fervor con que se interesaban los eclesiásticos de los primeros siglos en conservar la pureza de la fe, en mantener el culto divino en todo su decoro, y en reformar las costumbres del pueblo cristiano. Agradó mucho á Andrés aquel admirable instituto; manifestó á los religiosos de la casa de S. Pablo de Nápoles su determinacion, y como era tan pública su eminente virtud, le recibieron llenos de gozo en la vigilia de la Asuncion de la santísima Virgen del año 1536, á los treinta y seis de su edad, y treinta y dos del establecimiento de la religion de los teatinos.

No es fácil esplicar el fervor con que entró nuestro Santo en la religion. Ningun novicio le hizo ventajas en correr por el camino de la perfeccion, ni ninguno le escedió en los esmeros, ni en la exactitud de la observancia regular. Luego que hizo su profesion, en la que se mudó el nombre de Lanceloto en el de Andrés por la grande devocion que profesaba al apóstol S. Andrés, con quien era unánime en el amor á la santa cruz, quiso visitar personalmente los santos lugares que se veneran en Roma. Y habiendo partido á esta expedicion, sin que le estimulase la natural curiosidad en ver y celebrar las grandezas de la capital del mundo, se ocupó únicamente en visitar con tiernas lágrimas los sepulcros de los ilustres mártires que regaron con su sangre aquel dichoso terreno, y envidiando sus triunfos se encendió en vivísimos deseos de padecer martirio. Después de estos ejercicios, y de haber consultado á los primeros sugetos del orden, que pudieran imprimir en su alma las ideas mas sublimes sobre perfeccion, volvió á Nápoles. Persuadida la religion que el espíritu de Andrés era muy á propósito para la direccion de otros, le destinó al empleo de maestro de novicios, y convencido que el ejemplo era la leccion mas eficaz, se dedicó con un nuevo fervor á la práctica de la oracion, de las humillaciones y asombrosas penitencias, á fin de alentar á los jóvenes á que aspirasen á la cumbre de la perfeccion á que eran llamados. Predicábales de continuo el mismo sermón que á sus discipulos el evangelista S. Juan, á saber: *Hermanos, no amemos solo con las palabras y la lengua, sino con las obras en verdad*; añadiéndoles á esto, que sin la oracion y la mortificacion no era posible que alguno fuese perfecto religioso. Bajo cuyas sólidas máximas, y otros no menos importantes documentos, salieron de su escuela muchos alumnos capaces de recomendar el instituto en los principios de su establecimiento.

Hicieron prepósito de la casa de S. Pablo de Nápoles, y á

muy breve tiempo se conoció quanto puede un prelado santo á la frente de una comunidad. La estremada caridad con que trataba á sus súbditos, la prontitud con que atendia á socorrer todas sus necesidades, su afabilidad y urbana cortesia, acompañadas siempre de cierto aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones, le hicieron dueño de los corazones de todos los religiosos; y valiéndose Andrés de este afecto reverencial, les alentaba con su ejemplo á observar el espíritu del apostólico instituto. Pero sintiendo en el alma el poco zelo de algunos tibios en el culto divino, que era el fuerte de todas sus atenciones, solia decir con frecuencia: *Antiguamente los sacerdotes eran de oro, y los cálices de leño; pero al presente son éstos de oro, y aquéllos de leño.*

Las ocupaciones de su empleo no impedian al santo prelado para que dejase de practicar con toda clase de necesitados los oficios de su ardiente caridad. A todos alcanzaba; á los pobres, á los enfermos, á los encarcelados, á los difuntos, y hasta á los enemigos. Todo era para todos, y no habia necesidad que no mirase con derecho á socorrerla. No practicó estos oficios solo dentro de la ciudad de Nápoles, sino en los pueblos contiguos, sin detenerle los trabajos, las incomodidades, los peligros, ni aun las esposiciones de su vida; no siendo fácil comprender como podia atender un hombre solo á tan penosas fatigas, las que practicó con mas libertad luego que se descargó del empleo de superior, y se dedicó enteramente á ganar almas para Dios por medio de la predicacion y ministerio del confesonario, donde oia con una admirable paciencia, y con una muy particular discrecion á toda clase de penitentes, sin aceptacion de personas, logrando, á virtud de su infatigable zelo, muchas verdaderas conversiones de pecadores irresistibles á la eficacia de su voz.

No le robaron todas estas ocupaciones y otros innumerables ejercicios de devocion y piedad tanto el tiempo, que no le diesen lugar para responder á muchas consultas, y para componer utilísimos escritos, que nos dan bastante idea de su gran sabiduría. En la biblioteca de S. Pablo de Nápoles se conservan varios tratados teológicos, espositivos, ascéticos y predicables, y mas de tres mil cartas instructivas, de las cuales aseguran diferentes escritores, que una de ellas solia hacer mas fruto que muchos sermones de otros oradores elocuentes. No es extraño, pues siempre consultaba con Dios lo que escribia, practicando por sí lo que persuadia á otros.

Fundó en el año 1570 S. Carlos Borromeo en Milan una casa para los religiosos teatinos, y pasó á ella en clase de vicario

Andrés. Anhelaba por su arribo S. Carlos, quien por el grande concepto que tenia formado de su eminente virtud, le salió á recibir fuera de las puertas de la ciudad. Los progresos que Avelino hizo todo el tiempo que se mantuvo en Milan en favor de los prójimos, no pueden esplicarse fácilmente; basta decir que en el hambre y peste general que ocurrieron en aquella ciudad en dos años continuos, se dejó ver en la primera mártir de la abstinencia, porque otros vivieran de su sustento; y en la segunda ofreció repetidas veces su vida en sacrificio de los apestados, á quienes asistia con fervorosa caridad, suministrándoles todos los auxilios espirituales y corporales que necesitaban en tan lamentable constitucion.

Deseó el cardenal Pablo Arezo, obispo de Plasencia, conno- vicio que habia sido con Andrés, establecer los religiosos teatinos en aquella ciudad, para lo cual ofreció á la religion la iglesia de S. Vicente mártir. Enviaron á Avelino por superior de aquella nueva casa; y no reduciéndose sus desvelos solo á las fatigas de la nueva ereccion, se estendieron á beneficiar á todo el pueblo, cuyas costumbres mudaron de semblante por su actividad. Tambien emprendió su caridad la fundacion de una casa de recolecion de mujeres perdidas, en las que se vieron á muy breve tiempo admirables frutos de arrepentimiento, debidos al infatigable zelo del santo fundador, quien se interesó asimismo en la reforma del clero, que padecia una sensible relajacion. Y pudieron tanto sus exhortaciones, su doctrina y su ejemplo, que lograron el fin deseado, sobre lo cual se elogió su mérito en el proceso que se hizo para su canonizacion.

Envidioso el enemigo comun de los progresos de Andrés, no satisfecho su diabólico furor con los malos tratamientos, y con crueles golpes que le hizo padecer, procuró desacreditarlo para con el duque de Parma y Plasencia, valiéndose para ello de ciertos ministros perversos, los que informaron á aquél que era Avelino un hipócrita bajo la máscara de una aparente modestia; añadiéndole, que aunque en su vestido exterior parecia pobre, en el interior escedia los limites religiosos. Hicieron en el duque estas calumnias alguna leve impresion; pero rezelándose que pudieran ser efecto de la envidia, inspeccionando por sí todo lo contrario de la siniestra delacion, sobre pedirle perdon de su leve credulidad, creció desde entonces mas su estimacion, y se sujetó á su direccion.

Concluida la prelación de Plasencia, se le nombró visitador de la provincia de Lombardia, y en muy breve tiempo esperimenteron aquellas casas los efectos del visitador, tan santo, como

zelo y sabio. No quedaron estos reducidos dentro de los limites del claustro, pues no teniendo la ardiente caridad del siervo de Dios domicilio fijo, ni estado determinado, todos los pueblos participaron de su beneficencia. En tiempo de esta comision quiso Dios probarlo, para acrisolar mas su virtud, con grandes desconsuelos, imaginaciones fatales y mortales angustias; pareciéndole que todos sus trabajos y fatigas eran desagradables á los ojos del Señor, y que de nada le servia esmerarse en la salvacion de otros, no haciéndolo por la suya, la cual se le representaba dudosa. Pero cuanto mas crecian sus penas y sus congojas, era mas puntual y mas exacto en todos los ejercicios espirituales. Sucedió la calma á la tempestad, y la hermosa luz á las tristes tinieblas, y dispensándole Dios sus celestiales consuelos, haciéndole estos olvidar todos los tormentos pasados, de allí adelante todos fueron escesos de amor divino, en los que se abrasaba continuamente en un modo muy sensible.

Apenas acabó su visita, le hicieron prepósito de la casa de Milan; y como en aquella ciudad era tan conocida su eminente santidad, fué inesplicable el gozo que tuvieron los ciudadanos en esta eleccion. Sobre todos fué mayor el de S. Carlos Borromeo, prometiéndose conocidas ventajas en sus súbditos, teniendo á su lado este zelo operario del Padre de familias. No salieron frustradas sus esperanzas, pues esmerándose Andrés en satisfacer la confianza de aquel eminentísimo prelado, interesó toda su reputacion en el destierro de los abusos del pueblo, y en la reforma del clero. Y continuando sin intermision ni descanso en solicitar el bien de las almas, sin faltar un punto á la observancia regular, tuvo la dicha de ver á Jesucristo rodeado de un brillante resplandor, alentándole á que siguiese en sus agradables empresas.

Concluido el trienio de aquella prelación volvió segunda vez con el mismo cargo á Plasencia, y de aquí á Nápoles con igual empleo. Despues se le nombró visitador de las provincias romana y napolitana, y observando la misma conducta que en las prela- cías y visita anterior, conservó la disciplina regular en el fervor primitivo, promovió el culto divino, y fomentó las virtudes de sus súbditos animados con su ejemplo. Y como si no hubiera nacido mas que para prelado este hombre verdaderamente digno de los mas altos elogios, que solo deseaba santificarse en las humillaciones de súbdito, supo conciliar las obligaciones de superior con los despreciables sentimientos que tenia formados de sí para mayor justificacion. Pero lo mas admirable fué, que ni los honores, ni los empleos, ni la multitud de ocupaciones pudieron alterar su recogimiento interior, ni retraerle de sus santos ejercicios.

Seria necesario un estenso volumen para referir individualmente la práctica de sus heroicas virtudes, tanto teológicas, como cardinales y morales, acompañadas siempre de asombrosas mortificaciones. Su ayuno pudo decirse casi continuo, y su abstinencia admirable. Lo regular de su comida eran yerbas viles y despreciables sin mas condimento que agua sola. Su descanso era el de cuatro horas que permitia al sueño, el cual tomaba de ordinario vestido, y muchas veces sobre el desnudo suelo, ó sobre un jergon de paja, que era su cama, convertido en tabla por su dureza. Todos los dias affigia su cuerpo con sangrientas disciplinas; y además del cerco de hierro con que estaba ceñido, domaba su carne con una cadena y otros ásperos cilicios con que lograba tenerla siempre sujeta á la servidumbre de la razon. En la bula de su canonizacion se dice en elogio de su rigor, *que con la espada de la mortificacion se hizo una victima sagrada de la penitencia, ofreciéndose á sí mismo en sacrificio al Señor.* Y hablando el mismo breve apostólico del eminente grado á que llegó su oracion, espresa, que pudo decirse oraba de continuo sin intermision, pues su espíritu estaba siempre trasportado en Dios, logrando el beneficio, cuando estaba en este santo ejercicio, de que ninguna cosa criada le pudiera distraer de las dulces contemplaciones de su Dios.

El obrador de todas estas maravillosas acciones era el grande amor que profesaba á Jesucristo, no siendo fácil que alguno otro le escudiese en el amor del Salvador del mundo. Si éste era grande, no fué menor el que tuvo á su santísima Madre, pudiéndose decir con seguridad, que no hubo bienaventurado que profesase á la Reina de los ángeles mas cordial, mas tierna, ni mas afectuosa devocion, ni que mas se interesase en propagar sus glorias, acreditándolo así desde que nació hasta que espiró.

Quiso Dios acrisolarle por medio de graves enfermedades complicadas con agudísimos dolores, pero en todas dió admirables ejemplos de paciencia y de resignacion con la divina voluntad. En una que padeció cuatro años antes de su muerte, se le renovaron los antiguos temores sobre su salvacion, y anegado en mortales congojas, se le aparecieron S. Agustin y Sto. Tomás de Aquino, sus especiales abogados, á quienes preguntó: *Santos míos, ¿qué nuevas me traeis de mi salvacion? ¿habrá en el paraíso algun lugar para este grande peccador?* Y respondiéndole los Santos de modo que quedase consolado, se tranquilizó.

Finalmente, sabedor de la hora de su muerte, la que habia predicho á varias personas en uso del don de profecía con que el

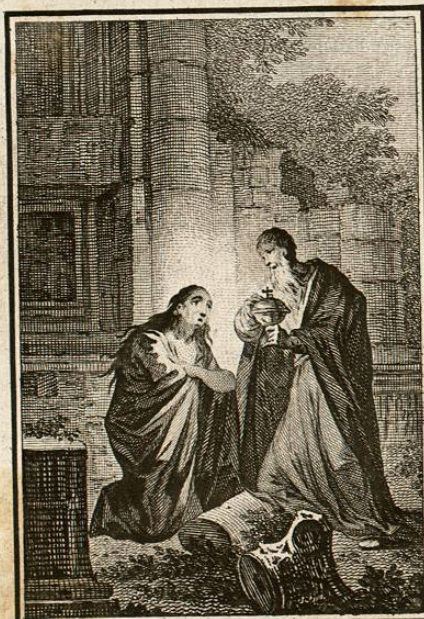
Señor quiso recomendar su santidad, llegó el dia lunes 10 de noviembre de 1608, en que cumplia el Santo casi los ochenta años de su edad; y á pesar de la debilidad en que se hallaba, salió de su aposento para celebrar el santo sacrificio de la misa, á fin de disponerse con el refuerzo del soberano alimento para el tránsito que esperaba en el mismo dia. En vano le procuraron disuadir de aquel empeño cuantos vieron su imposibilidad, pues cuanto mas se acercaba al fin, tanto mas deseaba unirse con el principio. Llegó con mucho trabajo al altar de S. José, y al comenzar el introito fué asaltado de un accidente apoplético, que le hizo caer en los brazos del que le ayudaba á misa. Lleváronle á su aposento, y dando lugar el accidente á que se le administrasen los últimos sacramentos, habiéndolos recibido con aquel fervor propio de su espíritu, todo abrasado en el amor de Dios, quedándose en una dulce contemplacion, se vió de repente su rostro inflamado y negro, turbada la vista, y sin concierto sus movimientos. Turbáronse todos los asistentes, acordándose que el Santo habia profetizado muchas veces, que en la hora de la muerte tendria un horroroso combate con el demonio. Tambien observaron que en aquella angustia ponía por instantes los ojos en una devota imagen de la santísima Virgen, de quien tenia dicho en vida que le favoreceria en un fiero ataque que tendria en la muerte con el enemigo infernal. Creyeron los religiosos ser aquel el caso de sus predicciones, y con efecto declaró despues el venerable padre D. Jaime Torno, varon esclarecido en santidad, que se halló presente, que vió al demonio en forma de un etiope formidable sobre Andrés, apretándole la garganta en términos que lo ponía á espirar; pero que poniendo un dogal á aquel monstruo un ángel del Señor, castigó su insolencia, y le hizo huir con confusion. Despues de lo cual volviendo el rostro del Santo á su antigua hermosura mirando con risueños ojos á la santísima Virgen, entregó tranquilamente su espíritu en manos del Criador en el dia 10 de noviembre de 1608. Despues que tuvieron los religiosos el venerable cadáver tres dias en el féretro para satisfacer la devocion de los innumerables concursos que venian á venerarle, le dieron sepultura en la bóveda de la misma casa de Nápoles sita tras del altar mayor. Pero aumentándose cada dia la fama de su santidad, fué trasladado á la capilla de S. José.

La multitud de los milagros que se dignó el Señor obrar por la intercesion de su siervo, movió á la religion, á varios pueblos, príncipes y soberanos, entre ellos Felipe III y Luis XIII, reyes de España y Francia, á que suplicasen á la Santa Sede por su beatificacion. Y resultando plenamente justificadas sus heroicas

virtudes y milagros auténticos en los procesos apostólicos que se formaron en los pontificados de Paulo V, Gregorio XV y Urbano VIII., le declaró éste Beato en el día 31 de agosto de 1624. Y después le canonizó la santidad de Clemente XI en el 22 de mayo de 1712, á presencia de treinta y dos cardenales, cincuenta y siete patriarcas, arzobispos y obispos, juntamente con S. Pio V, S. Felix de Cantalicio, y Sta. Catalina de Bolonia.

SANTA TEOTISTE, VÍRGEN Y SOLITARIA.

No hay cosa mas admirable que la sabiduría de Dios: sus golpes desconciertan toda la prudencia humana, y se abre caminos que esta no puede penetrar, tan distantes de los caminos de los hombres, como lo está el cielo de la tierra. Sobre todo resplandece la divina sabiduría en el modo con que gobierna á los Santos, como lo vamos á ver en la vida de Sta. Teotiste, para lo cual es menester tomar el hilo un poco mas arriba. Fueron algunos cazadores á la isla de Paros, que es muy abundante en ciervos y otros animales silvestres: entraron en una iglesia de la santísima Virgen medio arruinada; pero que todavía presentaba á la vista algunos trozos en que se descubria no sé qué aire de augusto, y daban á entender la antigua magnificencia de la fábrica. Algunas reliquias felizmente escapadas al furor de los que la habian destruido, elevaban un frontispicio respetable que hacia mas sensible la ruina del suntuoso edificio. Estando los cazadores mirándolo todo con atencion, vieron venir hácia ellos un solitario, cubierto con una túnica de pieles, el semblante pálido, los pies descalzos; pero con un semblante que tenia cierto no sé qué de angelical. Luego que se acercó á los cazadores, los saludó, y estos le correspondieron. Suplicáronle que los dijese su nombre, su patria, si estaba solo en aquel desierto, y en fin, toda la historia de su vida. Respondiólos el siervo de Dios: No os puedo dar razon de mi patria, de mi familia, ni de las demás cosas de que se glorian los hombres del mundo: todo lo que hay sobre la faz de la tierra es nada para mí, y ninguna cosa de las que pasan con el tiempo me merece atencion. Dios es mi padre y mi señor; por solo su amor vivo mas ha de treinta años en este desierto. Yo me llamo Simeon, y toda mi grandeza consiste en que soy un pobre monge, aunque por otra parte condecorado con la dignidad del sacerdocio, y con la potestad de consagrar el cuerpo y sangre de mi Señor Jesucristo. Los que oyeron esta conversacion, llenos de profundo respeto, se arrojaron á sus pies; pero él los levantó, dijoles algunas co-



STA. TEOTISTE V.